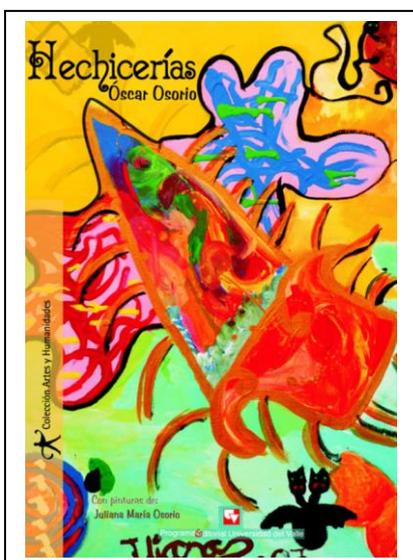


Convite para leer, recordad y ensoñar *Hechicerías*, de Óscar y Juliana María¹

Por Gustavo Adolfo Aragón Holguín



Osorio ha tenido, tiene y tendrá, una potencia tersa y telúrica en su pluma, de la que brotan juicios lapidarios sobre la literatura, historias inquietantes y convulsas —como nuestro país y su historia— o líneas con música y color, es decir, poesía. Yo, a lo Silvio Rodríguez, es decir, entre el espanto y la ternura, *Espada de Caramelo* en mano y *Escudo de las bondades* embrazado, acometo el horizonte y paso de inmediato a *Hechicerías*. Lo haré desde el único ángulo posible para estos menesteres: el mío. Es decir, renuncio al ejercicio de la crítica canónica y, en cambio, me asumo como *lector ludens*, lector que ha gozado, se ha divertido, se ha disgustado y, sobre todo, lector que ha recordado su propia infancia después de pasar algunas veces por las líneas de este libro.

1. SOBRE LA OBRA

Hechicerías es un libro que aparece categorizado por la biblioteca Luis Ángel Arango como “literatura infantil” (volveremos sobre este asunto en un par de páginas). Está compuesto por cinco cuentos en los cuales hay un elemento en común a destacar: en todos ellos los protagonistas son niños (o se comportan como tales), en todos los cuentos esos niños enfrentan una bruja, es decir, la maldad; en todos los casos, negocian con la maldad y hay consecuencias.

En el primero, titulado *La espada de caramelo*, el rey Alexei busca a la narcoléptica —dormilona— bruja Meiga para pedir su ayuda y poder salvar su reino de los monstruos de la Caverna del Olvido que Cagtoon, el odioso, ha enviado con perversas intenciones. Miguel, el protagonista de *Los zapatos rotos*, pasa de ser un pilluelo a estudiante modelo porque sus padres le han prometido unos zapatos de charol como premio a su buena conducta; pero, atención, esos zapatos serán, en adelante, su obsesión y razón de existir; es en ese momento cuando se hace necesaria otra bruja, Felona, para resolver su fijación y otros problemas que no voy a mencionar aquí y ahora. En *El escudo de las bondades*, Alejandro confronta a una

¹ Publicado en *Hybrido* 10, 2008: <https://hybridomagazine.wordpress.com/contacto/escritores/gustavo-adolfo-aragon-holguin/convite-para-leer-recordar-y-ensonar-hechicerias/>

hechicera que lo atrapa en ese espacio indefinible que se encuentra entre la escritura y el sueño. El cuarto cuento, *La princesa que perdió una mano*, se refiere a la princesa Luzlinda, la hermosa y vivaz, y a sus relaciones con su hermana Allado, no tan hermosa pero, aún así, bella y tierna. El último cuento, *Historia del Demogato*, cuenta la terrible historia de Guato, el minino más popular de la región, de quien se decía que había superado incluso al gran Gato Pardo. El cuento refiere, una vez más, el trato de este personaje con la hechicera de turno, que aquí y en atención a la onomástica de los mundos gatunos, se llama Gatina.

2. CUATRO PROVOCACIONES

Hasta aquí lo argumental. Paso ahora a enunciar cuatro asuntos que, tras la lectura del libro, quedaron rondando por mi cabeza y que ofrezco aquí a manera de provocación o convite o para antojarlos. Son en su orden los siguientes. El primero: *Hechicerías* no es un libro con finales felices... tiene finales de otro tipo. Segundo, como hecho literario, se resiste a ser categorizado rápida y definitivamente en alguna de esas casillas o calcomanías que, en el mundo de la academia, solemos utilizar para situar y casi que fijar el arte. Tercero: en lo fundamental, y creo que más adelante veremos en detalle cómo es esto a propósito de la imagen, *Hechicerías* es el resultado de un acto cooperativo de creación que, a su vez, proviene de un diálogo amoroso. Finalmente, tal como le ocurre al personaje Alejandro, cuando se encuentra en el reino del Señor de los Espejos, este libro está habitado por el eco de algunas de las más brillantes páginas de literatura dirigida a mentes jóvenes o a niños. Veamos el asunto por partes.

PRIMERA PROVOCACIÓN:

HE AQUÍ CINCO CUENTOS SIN FINAL FELIZ

Durante el siglo XVI y XVII asistimos al nacimiento, en Europa, de lo que hoy por hoy se suele denominar literatura infantil. Vienen a la mente nombres como Charles Perrault, Hans Christian Andersen, Carlo Lorenzini Collodi y los hermanos Grimm, amén de la entrañable Madame Le Beouf, la de *La bella y la bestia*. Una buena parte de esos relatos provienen de tradiciones orales centro europeas que fueron sometidas a una especie de “domesticación” que las llevó de ser narraciones crudas, que incluían episodios en que los personajes enfrentaban tanto la dicha como la desventura de una forma contundente y cruenta, para pasar a convertirse en cuentos de salón, apropiados para la moral rígida de una época

cortesana. Estos cuentos morales, tan pronto como son fijados por la escritura y se apartan del folclore (utilizo aquí algunas afirmaciones de Teresa Colomer, un auténtica autoridad en estos temas), adquieren unos formatos definidos, entre los cuales destacan las fórmulas predecibles (por ejemplo la presencia de estructuras ternarias o las inevitables oposiciones radicales entre lo bello-bueno y lo malo-feo); otra fórmula es la del denominado final feliz, que consiste básicamente en que los héroes o protagonistas, tras una serie de vicisitudes, alcanzan inexorablemente la gloria en la promoción social o en el matrimonio. En este libro, *Hechicerías*, el lector encontrará unas soluciones finales asaz diferentes a las de la literatura infantil tradicional. No se trata, exactamente, de finales infelices, pero sí de unos finales otros, finales que resultan consecuentes con el repertorio de opciones de un niño contemporáneo. Finales de cuento para niños que no empalidecen en una torre de marfil y que, por el contrario, están atentos a su tiempo, a este momento de nuestra historia.

SEGUNDA PROVOCACIÓN:

MÁS ALLÁ (O MÁS ACÁ) DE LAS CALCO-MANÍAS CLASIFICATORIAS

Efectivamente: imposible reducir esta serie narrativa a un esquema o a una fórmula fija. Cada relato propone una forma particular y se revela con tonos e intenciones diferenciadas. Es cierto que es frecuente que el narrador cuente su historia a partir de la consideración de un personaje en particular (el príncipe Alexei, Alejandro, Luzlinda, Miguel o el Demogato); pero a partir de ahí las formas de contar se ajustan al plan que la ficción particular configura. Encontramos un cuento de fantasía épica, otro de misterio y ensoñación, otro de hadas, otro con tintes de leyenda regional. En otras palabras, las maneras de contar corresponden a la explosión de color que la ilustradora ha elegido para la portada. Y aquí se hace necesario decir que las ilustraciones del libro las hace Juliana María, su hija, y son maravillosas piezas pictóricas que imaginan la desordenada imaginación del padre.

TERCERA PROVOCACIÓN

ESCRIBIENDO, SÍ, PERO A HOMBROS DE GIGANTES

Osorio dijo en un programa de televisión que, claro, el libro tenía un mucho que ver con sus hijos pero también, era importante declararlo, constituía un diálogo con los cuentos de hadas, con los hermanos Grimm, dijo. Ah, hombre de memoria frágil, porque no se trata de recato o humildad, nada de eso. Como sabemos, como él sabe, ya las metáforas están inventadas. El asunto es, en estos días, qué aromas aspiramos del pasado, en los hombros de

qué gigantes atisbamos nuestra tierra de Jauja. Quiero señalar algunos de esos gigantes en esta obra de Osorio. No sólo los hermanos Grimm habitan estas ficciones: formas narrativas y tramas que podemos remontar hasta el Calila e Dimna, vertidas en ese libro portentoso titulado Alf Laila Uaf Laila, *Las mil noches y una noche*, llegan hasta estas playas verbales. Casi puedo ver a Osorio hecho una Sheherezada y a Alejandro todo un Shariar. Eso hace tiempo; más próximo encuentro la pluma de Onelio Jorge Cardoso, particularmente en dos cuentos con los que conecté al Demogato: *El cangrejo volador* y *Pájaro, murciélago y ratón*: los tres cuentos, a su vez, son tributarios de *El patito feo*.

Hay otra presencia fuerte: se trata de un alemán encantador que imaginó un país llamado Fantasía y un dragón de la suerte y un guerrero de los Pieles Verde. Ese autor se llama Michael Ende y esa obra es *La historia interminable*. De esa obra percibo la idea según la cual la palabra es mágica y es capaz, como ocurre en *Hechicerías*, de socavar y domeñar el mal.

Una última marca: el inmarcesible J.R.R. Tolkien, que supo beber en la mitología y el folclore europeo hasta encontrar una voz con la cual contar a sus hijos, particularmente a Christopher, lo que debía ser contado y preservado. Menos próximo a *El señor de los anillos* y más cerca de los *Cuentos Inconclusos* siento esta última conexión.

CUARTA PROVOCACIÓN

LA ESCRITURA COMO ACTO SOCIAL, COMO ACTO DE AMOR, COMO ENSEÑA

Cuentan las fuentes (y las fuentes siempre contarán) que *Hechicerías* surge de un manantial que es el hogar de Óscar y Julieta. Según lo informa la dedicatoria, el libro surge a partir de los años 90 cuando Alejandro –el primogénito-, luego Juliana María –la encantadora con pinceles- y Susana “Espada de Caramelo” Isabel entablan un diálogo creativo con Óscar. Yo imagino una escena en que este papá, con su singular memoria (suele entreverar los recuerdos, me consta) y con su vocación de escrutador del presente, hilvana trechos de historias en la tibieza del hogar, en la penumbra del cuarto, en la seguridad de la familia. Entonces este libro surge de esa necesidad que tenemos los padres de habitar la mente de nuestros hijos, de colmarla de futuro, de enseñar (y digo esto sin intentar nexos con palabras altisonantes como pedagogía o didáctica, nada de eso), digo **enseñar** en el sentido de mostrar el camino.

Digamos, con Óscar, que el alto don de la paternidad demanda, en tiempos aciagos, formas creativas de permanecer en los nuestros. ¿Y de qué otra manera, de qué mejor manera nos podemos valer quienes elegimos el mundo de las letras? Contando, entreverando,

cosiendo cantos como los antiguos rapsodas. Si a ellos les ha funcionado tan bien a lo largo de estos últimos 25 siglos ¿por qué a nosotros no?